

# Mis desvaríos

Me llamo Luisa Millán.

Verá, doctora, la cojera que arrastro es lo de menos. Ya se me está curando el esguince y la frente ha cicatrizado bastante bien. Lo gordo no fue el accidente que sufrí en el almacén manipulando el toro de carga. Lo extravagante, lo que vengo justo a contarle hoy, sobrevino después y me ha trastornado por completo. Antes del accidente sentía hastío, la vida me pesaba como quien lleva un losa a cuestas. Tan desesperada estaba que había echado cuatro apuestas el sábado anterior, 4 *eurillos* de nada... y resulta que acerté. Iba de camino al ambulatorio a que me vendaran el tobillo y pasé por la casa de apuestas. Ahí me enteré de la buena nueva. Casualidades de la vida.

Por supuesto, no le dije nada a Paco sobre el pellizco y, a la chita callando, aproveché la baja laboral que me dio el médico para acercarme, casi a la pata coja, a esa clínica de estética que anuncian tanto ahora en la radio. Salí de allí con una enorme gasa pegada a la nariz para tomar el autobús de línea de regreso al pueblo. “Rinoplastia”, dijo el doctor que se llamaba la operación. Me la moldearon de forma que la nueva protuberancia encajaba perfectamente en mi cara, como si siempre hubiera estado ahí. Fuera complejos, pensé, adiós a esa narizota a la que todos llaman “la porreta de la abuela”. Menuda guasa gastan mi marido y mis hermanos con la herencia de la abuela. Cuando me vieron venir de esa guisa se formó un buen revuelo en el pueblo, doctora. Mi Paco se quejó de que eso eran majaderías de las famosas y mi amiga Telma, la de la ferretería, criticó esas operaciones estéticas que iban *contra natura* y merecían castigo divino.

Divina me quedé yo. Y esa fue solo la primera de mis chifladuras encadenadas. Al poco me fui a la ferretería para agenciarme una pizarra Vileda. La fijé con unos clavos en la pared de la cocina, que se viera bien, con dos columnas: PACO y LUISA. Mi marido, doctora, se quedó de piedra porque ahí diseñé una partición salomónica de todas las labores domésticas: 50% para cada uno. En cuanto expliqué el listado de sus labores a Paco, marcando con un rotulador rojo las más urgentes, le dejé con la boca abierta como un besugo.

De ahí fui al centro deportivo del pueblo para inscribirme a clases de pádel. “¿Pádel los domingos?” “¿Tú?” Mi pobre Paco reaccionó ante la noticia como si yo estuviera bajo el

efecto de una potente droga, pero aún más enconada fue la reacción de mi señora madre al saber que los domingos iba a dedicarlos a hacer deporte: “Has perdido un tornillo con eso de la raqueta, ¿qué ocurrencia es esa?, ¿y ahora quién vendrá conmigo los domingos a misa?”

Recordé a mi madre que tiene tres hijos varones que pueden acompañarla a la iglesia de vez en cuando, a lo que ella me retrucó, con voz quebrada por la rabia, que mis hermanos tenían familia y yo no tenía hijos a quien atender. El sainete de siempre.

Colgué rápido el teléfono porque había quedado con un desconocido para comprarle una moto de segunda mano bien apañada. Sí, doctora, de buenas a primeras se me antojó ir motorizada por la vida y ahorrarme el pesado autobús de línea que da tanto rodeo por estos pueblos de Dios. En cuanto Paco me vio llegar con la moto y el casco, se armó una buena en casa: “Luisa, tú eres un peligro. ¿De dónde demonios has sacado el dinero?”.

No he terminado aún con mis desvaríos, doctora. Cuando me incorporé a trabajar de nuevo en el almacén después del accidente, dejé de ser la “chica-para-todo-que-es-una máquina-trabajando”, como dice el jefe con cachaza. Ahora ficho a mi hora y cumplo mi horario tal y como está recogido en mi contrato. Nada de horas extra. Sin demorarme, ficho, arranco la moto y me voy como un cohete dejando anonadados a los compañeros y, de paso, a mi propio jefe, que no es capaz digerir el cambio que se ha obrado en mí.

A Rosy, la que pregona ser mi mejor amiga, la que reclama mi ayuda para que cuide de su prole cuando quiere tiempo para ella, le tocó la peor parte. Lo reconozco. Rosy me había convocado ayer mismo para cuidar de sus hijos y así aprovechar para depilarse y hacerse un traje a medida para las fiestas. Y yo, como ando medio perturbada, le contesté que nada de mocosos, que me iba yo solita a echar la tarde a Villamantilla de la Sierra.

Se quedó indignada porque me fui a toda prisa con mi moto. Aparqué en la plaza del pueblo y ahí, justo en la esquina, estaba la agencia de viajes recién inaugurada. Entré con un ímpetu desconocido en mí y me planté en el mostrador. “Quiero un viaje a Malibú”. La jovencísima empleada me miró como si me hubiera escapado de un manicomio (debía de estar muy despeinada por el casco). Se lo tomó más bien a broma: “Malibú está muy lejos, señora, ¿no se habrá confundido con otra playa de España?”

No sé por qué me dio esa fijación, si yo ni siquiera sé si es un estado, una región, una ciudad o una isla. Siempre me ha gustado la palabra Ma-li-bú. Estoy totalmente cegada con ese nombre. “Tengo viajes a Mallorca que salen bien de precio en temporada alta...” me explicó la joven sacando un atractivo folleto. Y yo, empeñada: “He venido solo por lo de Malibú. Me voy el 1 de agosto y lo voy a pagar a tocateja”.

Ella parecía visiblemente apurada. Apuesto a que tampoco sabía muy bien dónde caía ese destino, así que se tomó su tiempo tecleando delante del ordenador. “Vuelo 757 de American Airlines con escala en Atlanta y destino Los Ángeles. 1.075 euros”, entonó por fin. Para mí fue como oír música celestial. “Los Ángeles, la ciudad del cine”, pensé yo, encantada de la vida.

La chica de la agencia prosiguió: “Luego tendrá que desplazarse hasta Malibú por su propia cuenta...entonces, ¿le reservo dos plazas en este vuelo? Yo contesté muy desenvuelta: “Una plaza solo, señorita. Viajo sola”.

Y siento que ya no hay marcha atrás. ¿Es grave todo esto, doctora?